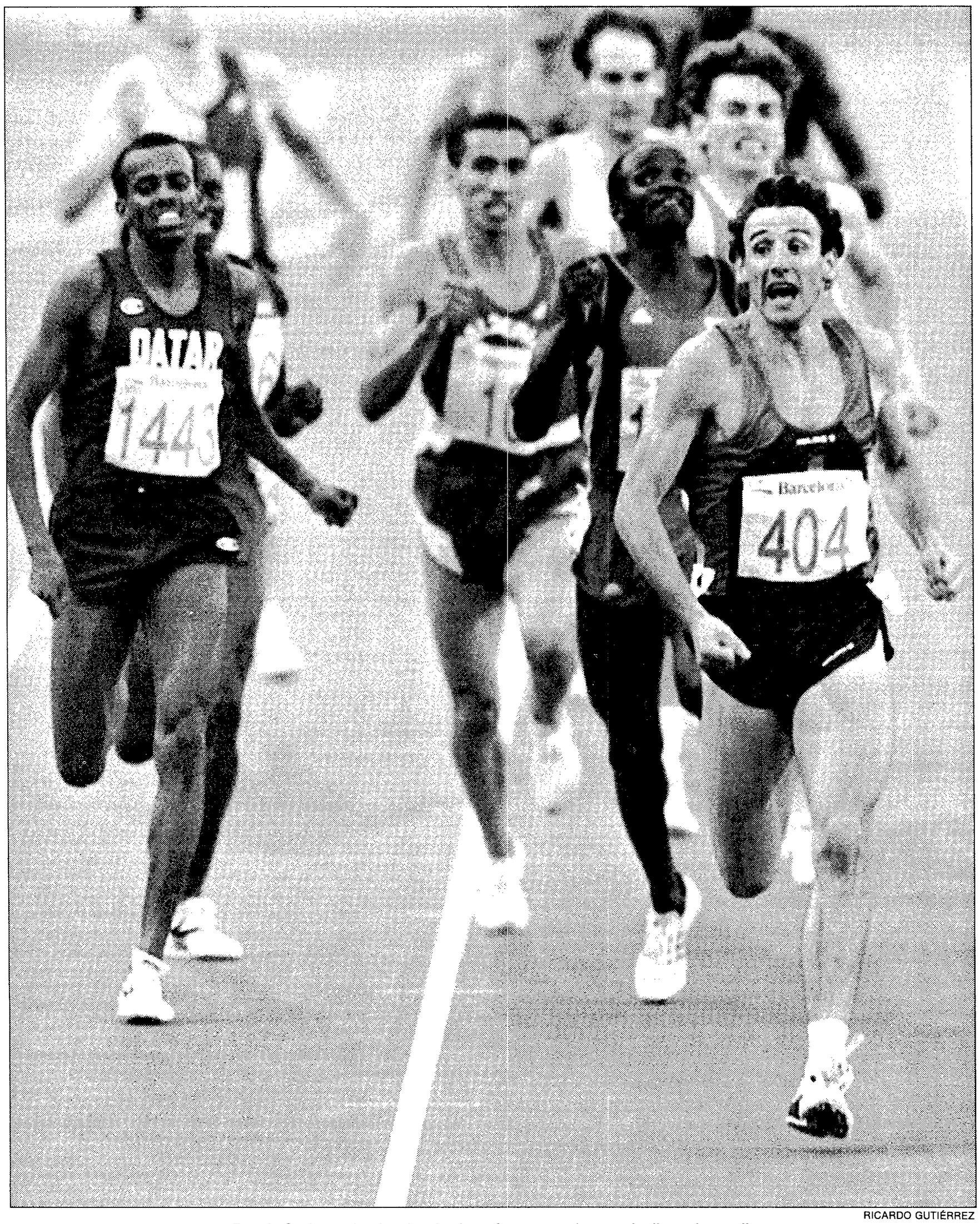
EL PAIS
Olímpico

DIARIO DE LOS JUEGOS DE BARCELONA

9 DE AGOSTO DE 1992 / NÚMERO 16



RICARDO GUTIÉRREZ

▲ Fermín Cacho acaba de mirar hacia atrás y comprobar que la distancia que lleva a Sulaiman (1443), Chesire (semitapado) y El Basir (entre los dos kenianos) ya le garantiza el triunfo.

Despega una nueva generación

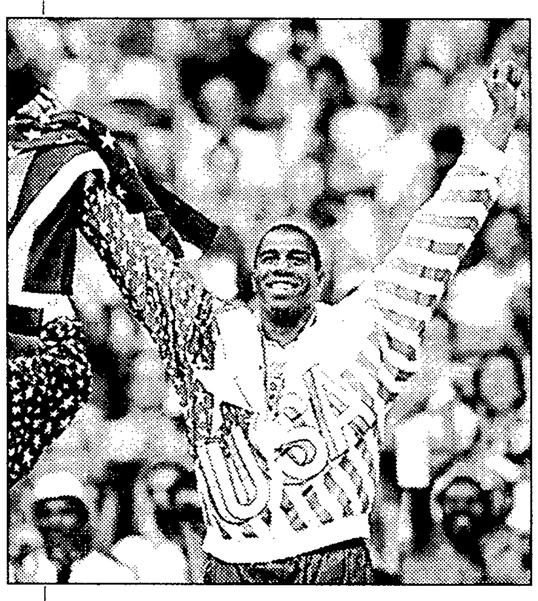
El oro de Fermín Cacho en 1.500 y la victoriosa jornada de ayer consagran el cambio en el deporte español

SUMARIO

6
Los relevistas estadounidenses baten dos récords y Carl Lewis se cuelga su novena medalla

8
La selección de fútbol vence a Polonia en el último minuto

16
El Equipo de Ensueño se despide con 32 puntos de diferencia ante Croacia



▲ Magic Johnson saluda con su medalla de oro en el pecho.

14-23
Hoy concluyen los Juegos con la carrera de maratón y con una ceremonia animada por rumbas y pirotecnia

RESULTADOS Página 22
TELEVISIÓN Página 22

ATLETISMO

C. TREJO / J.SICILIA

Análisis

Y esto es sólo el principio

JOSÉ MANUEL ABASCAL

La carrera de Fermín Cacho me ha recordado la exhibición que dio Miguel Induráin en la contrarreloj del último Tour de Francia. Ganó a lo grande, como los grandes. Ha demostrado ser el mejor atleta del mundo en estos momentos. Su trayectoria deportiva ha estado marcada por una constante progresión, culminada con el mayor éxito deportivo de la historia del atletismo español. El soriano es un talento que, debidamente entrenado y pulido, ha alcanzado el éxito tras muchos años de trabajo y dedicación. Su futuro es ilimitado.

Con sólo 23 años ya se ha situado a tan sólo tres segundos del récord del mundo. Creo, sinceramente, que en un par de años estará en disposición de desbancar al marroquí Said Auita de las listas, algo que está reservado para una figura mundial.

Cacho conjuga perfectamente las características de un buen corredor de 1.500 metros. Es rápido, como demostró ayer, resistente, inteligente y buen estratega. Así pues, nos encontramos ante un atleta muy completo.

Este triunfo le va a suponer al soriano una gran confianza para afrontar futuros compromisos. A partir de ahora deberá soportar la presión de ser el favorito, pero su gran carácter y su personalidad no le harán cambiar su mentalidad de ganador nato. Fermín nos ha hecho recordar al británico y doble campeón olímpico Sebastian Coe. Su capacidad de maniobra, su velocidad y su superioridad han quedado demostradas.

Cacho aún necesita progresar, pues todavía no ha alcanzado la madurez deportiva. Cuando esto suceda estoy seguro de que será capaz de lo mejor. Es un buen competidor, nunca tiene altibajos y su regularidad y talento le hace siempre estar dispuesto a luchar por el triunfo.

Personalmente, estoy orgulloso de haber contribuido, junto a José Luis González y otros atletas españoles, a abrir el camino, y de que ahora otro atleta más joven, siguiendo esa estela, haya superado nuestras gestas. Todavía no ha batido nuestras marcas y nuestros récords, pero estoy seguro de que su progresión debe llevarle a cotas más altas. No tengo la menor duda sobre ello. El oro de ayer no es más que el comienzo, nuestra misión ha concluido, es ley de vida. Nos alegramos por el éxito de Fermín, y también nos sentimos partícipes de él. Su gesta es gratificante para él, para nosotros, para todo el atletismo español. Un lujo que debe ser bien aprovechado, como todos los éxitos.

El campeón durmió la siesta

JUAN MORA

Barcelona

Los 12 finalistas salieron a la pista y había uno que iba casi pisando materialmente los talones a la azafata que dirigía el cortejo a la zona de salida. Los demás le seguían a distancia. El detalle tenía su lectura. Ahí iba un atleta con ambición, al que toda la potencia que había ido almacenando en su preparación se le salía por los cuatro costados. Se le veía, además, mentalmente dispuesto a hacer frente a cualquier situación. Era quien mandaba, el jefe de la banda. Los demás obedecían. Sonó el disparo de salida y salió el primero. A los 20 metros miró hacia atrás en un gesto que significa que alguien pasara. Y le obedecieron.

Son detalles que definen a los campeones. No fue el único. En la caseta donde los jueces concentran a los corredores 40 minutos antes de la prueba Cacho no miraba al suelo. Ahí estaban los doce, preparando sus dorsales y sus zapatillas de clavos, en absoluto silencio, ni siquiera hablaban entre sí los tres kenianos, y Cacho permanecía con sus gafas de sol puestas. Y ni hacía sol allí dentro ni había necesidad de hacer publicidad porque no había fotógrafos. Era sólo un rasgo de su personalidad. Los demás recibieron el mensaje.

Luego, en los 200 metros que hay de la pista de calentamiento al estadio, Fermín encabezó el cortejo. A su derecha, Enrique Pascual, su entrenador; a su izquierda, Manuel Pancorbo, el otro español en la final. Detrás, los demás en completo silencio, como si fueran camino del cadalso.

Y es que Fermín llevaba realmente trabajando mucho tiempo para ser el campeón. Hasta en la semifinal hizo un ensayo general. "Esperábamos que la final fuera a un ritmo de 3.34 minutos y por eso preparamos la carrera anterior para ganarla de manera similar", reveló ayer su entrenador. Pero el ritmo fue totalmente distinto y ésa fue la grandeza que mostró Cacho, ser capaz de manejar cualquier situación.

RICARDO GUTIÉRREZ

▲ **Fermín Cacho celebra la victoria en el tartán de Montjuïc.**

Los imprevistos que hubiera que afrontar no los hablaron mucho ayer él y su entrenador. Realmente ya había poco que decir. Lo mejor era tener tranquilidad. El único hecho que denotaba que ambos se enfrentaban ante un día especial fue que Enrique le dio una pastilla a Fermín para dormir. La noche anterior estuvo inquieto y era necesario asegurar entonces el descanso doce horas antes de la final.

A las nueve y media se levantó, desayunó y se fue a la pista de la villa olímpica a estirar un poco y a hacer unas progresiones. Después ya sólo necesitaba tranquilidad. Enrique Pascual se la garantizó no dejándole salir de la zona reservada a los atletas en la villa para llamar por teléfono. Había demasiados periodistas esperándole fuera.

La final quedaba cada vez más cerca, pero su entrenador no quería que Fermín se obsesionara. Durante la comida hablaron de cualquier tema, sobre todo de las chicas que había alrededor, menos de atletismo. Y después llegó el primer detalle de que ahí estaba un campeón: Fermín se echó la siesta. Estaba a cinco horas de uno de los momentos que iban a marcar su vida y fue capaz de dormir.

Los atletas suelen tumbarse a descansar después de comer si la prueba es tarde, pero jamás dormir. La adrenalina lo impide. Fermín tuvo la capacidad de dominarla. Estaba confiado y no tenía por qué tener nervios.

Enrique Pascual le despertó a las cuatro. Aún quedaba tiempo para que su organismo fuera poniendo en orden las fibras que cuatro horas después tenían que convertirle en el atleta más rápido del mundo sobre los 1.500 metros. Y llegó entonces el momento de hablar.

El temor de Pascual era que Fermín se dejara llevar por el público. "Oye dos aplausos y se lanza", revela su entrenador. "Tápate los oídos, no escuches el estadio", le repetía, "haz tu carrera, la que te conviene. Siempre en tercera posición, ya sea rápida o lenta. Si es rápida, mejor, si es lenta, espera, no te lances porque los demás vendrán detrás. Pero cuando decidas atacar, lánzate sin reserva, escucha entonces al público y si te faltan fuerzas te llevarán en volandas hasta la meta. !Escúchale! El estadio va a ser un clamor, pero, por favor, no lo oigas hasta que ataques".

Fermín no hablaba. Es un buen discípulo. Asentía con la cabeza. Tenía bien aprendida la lección. Por eso cuando llegó a la pista de calentamiento, algo más de una hora antes de la final, su gesto era el de un campeón. No podía fallar.

ATLETISMO

C. TREJO / J.SICILIA

Análisis

Y esto es sólo el principio

JOSÉ MANUEL ABASCAL

La carrera de Fermín Cacho me ha recordado la exhibición que dio Miguel Induráin en la contrarreloj del último Tour de Francia. Ganó a lo grande, como los grandes. Ha demostrado ser el mejor atleta del mundo en estos momentos. Su trayectoria deportiva ha estado marcada por una constante progresión, culminada con el mayor éxito deportivo de la historia del atletismo español. El soriano es un talento que, debidamente entrenado y pulido, ha alcanzado el éxito tras muchos años de trabajo y dedicación. Su futuro es ilimitado.

Con sólo 23 años ya se ha situado a tan sólo tres segundos del récord del mundo. Creo, sinceramente, que en un par de años estará en disposición de desbancar al marroquí Said Auita de las listas, algo que está reservado para una figura mundial.

Cacho conjuga perfectamente las características de un buen corredor de 1.500 metros. Es rápido, como demostró ayer, resistente, inteligente y buen estratega. Así pues, nos encontramos ante un atleta muy completo.

Este triunfo le va a suponer al soriano una gran confianza para afrontar futuros compromisos. A partir de ahora deberá soportar la presión de ser el favorito, pero su gran carácter y su personalidad no le harán cambiar su mentalidad de ganador nato. Fermín nos ha hecho recordar al británico y doble campeón olímpico Sebastian Coe. Su capacidad de maniobra, su velocidad y su superioridad han quedado demostradas.

Cacho aún necesita progresar, pues todavía no ha alcanzado la madurez deportiva. Cuando esto suceda estoy seguro de que será capaz de lo mejor. Es un buen competidor, nunca tiene altibajos y su regularidad y talento le hace siempre estar dispuesto a luchar por el triunfo.

Personalmente, estoy orgulloso de haber contribuido, junto a José Luis González y otros atletas españoles, a abrir el camino, y de que ahora otro atleta más joven, siguiendo esa estela, haya superado nuestras gestas. Todavía no ha batido nuestras marcas y nuestros récords, pero estoy seguro de que su progresión debe llevarle a cotas más altas. No tengo la menor duda sobre ello. El oro de ayer no es más que el comienzo, nuestra misión ha concluido, es ley de vida. Nos alegramos por el éxito de Fermín, y también nos sentimos partícipes de él. Su gesta es gratificante para él, para nosotros, para todo el atletismo español. Un lujo que debe ser bien aprovechado, como todos los éxitos.

El campeón durmió la siesta

JUAN MORA

Barcelona

Los 12 finalistas salieron a la pista y había uno que iba casi pisando materialmente los talones a la azafata que dirigía el cortejo a la zona de salida. Los demás le seguían a distancia. El detalle tenía su lectura. Ahí iba un atleta con ambición, al que toda la potencia que había ido almacenando en su preparación se le salía por los cuatro costados. Se le veía, además, mentalmente dispuesto a hacer frente a cualquier situación. Era quien mandaba, el jefe de la banda. Los demás obedecían. Sonó el disparo de salida y salió el primero. A los 20 metros miró hacia atrás en un gesto que significa que alguien pasara. Y le obedecieron.

Son detalles que definen a los campeones. No fue el único. En la caseta donde los jueces concentran a los corredores 40 minutos antes de la prueba Cacho no miraba al suelo. Ahí estaban los doce, preparando sus dorsales y sus zapatillas de clavos, en absoluto silencio, ni siquiera hablaban entre sí los tres kenianos, y Cacho permanecía con sus gafas de sol puestas. Y ni hacía sol allí dentro ni había necesidad de hacer publicidad porque no había fotógrafos. Era sólo un rasgo de su personalidad. Los demás recibieron el mensaje.

Luego, en los 200 metros que hay de la pista de calentamiento al estadio, Fermín encabezó el cortejo. A su derecha, Enrique Pascual, su entrenador; a su izquierda, Manuel Pancorbo, el otro español en la final. Detrás, los demás en completo silencio, como si fueran camino del cadalso.

Y es que Fermín llevaba realmente trabajando mucho tiempo para ser el campeón. Hasta en la semifinal hizo un ensayo general. "Esperábamos que la final fuera a un ritmo de 3.34 minutos y por eso preparamos la carrera anterior para ganarla de manera similar", reveló ayer su entrenador. Pero el ritmo fue totalmente distinto y ésa fue la grandeza que mostró Cacho, ser capaz de manejar cualquier situación.

RICARDO GUTIÉRREZ

▲ **Fermín Cacho celebra la victoria en el tartán de Montjuïc.**

Los imprevistos que hubiera que afrontar no los hablaron mucho ayer él y su entrenador. Realmente ya había poco que decir. Lo mejor era tener tranquilidad. El único hecho que denotaba que ambos se enfrentaban ante un día especial fue que Enrique le dio una pastilla a Fermín para dormir. La noche anterior estuvo inquieto y era necesario asegurar entonces el descanso doce horas antes de la final.

A las nueve y media se levantó, desayunó y se fue a la pista de la villa olímpica a estirar un poco y a hacer unas progresiones. Después ya sólo necesitaba tranquilidad. Enrique Pascual se la garantizó no dejándole salir de la zona reservada a los atletas en la villa para llamar por teléfono. Había demasiados periodistas esperándole fuera.

La final quedaba cada vez más cerca, pero su entrenador no quería que Fermín se obsesionara. Durante la comida hablaron de cualquier tema, sobre todo de las chicas que había alrededor, menos de atletismo. Y después llegó el primer detalle de que ahí estaba un campeón: Fermín se echó la siesta. Estaba a cinco horas de uno de los momentos que iban a marcar su vida y fue capaz de dormir.

Los atletas suelen tumbarse a descansar después de comer si la prueba es tarde, pero jamás dormir. La adrenalina lo impide. Fermín tuvo la capacidad de dominarla. Estaba confiado y no tenía por qué tener nervios.

Enrique Pascual le despertó a las cuatro. Aún quedaba tiempo para que su organismo fuera poniendo en orden las fibras que cuatro horas después tenían que convertirle en el atleta más rápido del mundo sobre los 1.500 metros. Y llegó entonces el momento de hablar.

El temor de Pascual era que Fermín se dejara llevar por el público. "Oye dos aplausos y se lanza", revela su entrenador. "Tápate los oídos, no escuches el estadio", le repetía, "haz tu carrera, la que te conviene. Siempre en tercera posición, ya sea rápida o lenta. Si es rápida, mejor, si es lenta, espera, no te lances porque los demás vendrán detrás. Pero cuando decidas atacar, lánzate sin reserva, escucha entonces al público y si te faltan fuerzas te llevarán en volandas hasta la meta. !Escúchale! El estadio va a ser un clamor, pero, por favor, no lo oigas hasta que ataques".

Fermín no hablaba. Es un buen discípulo. Asentía con la cabeza. Tenía bien aprendida la lección. Por eso cuando llegó a la pista de calentamiento, algo más de una hora antes de la final, su gesto era el de un campeón. No podía fallar.